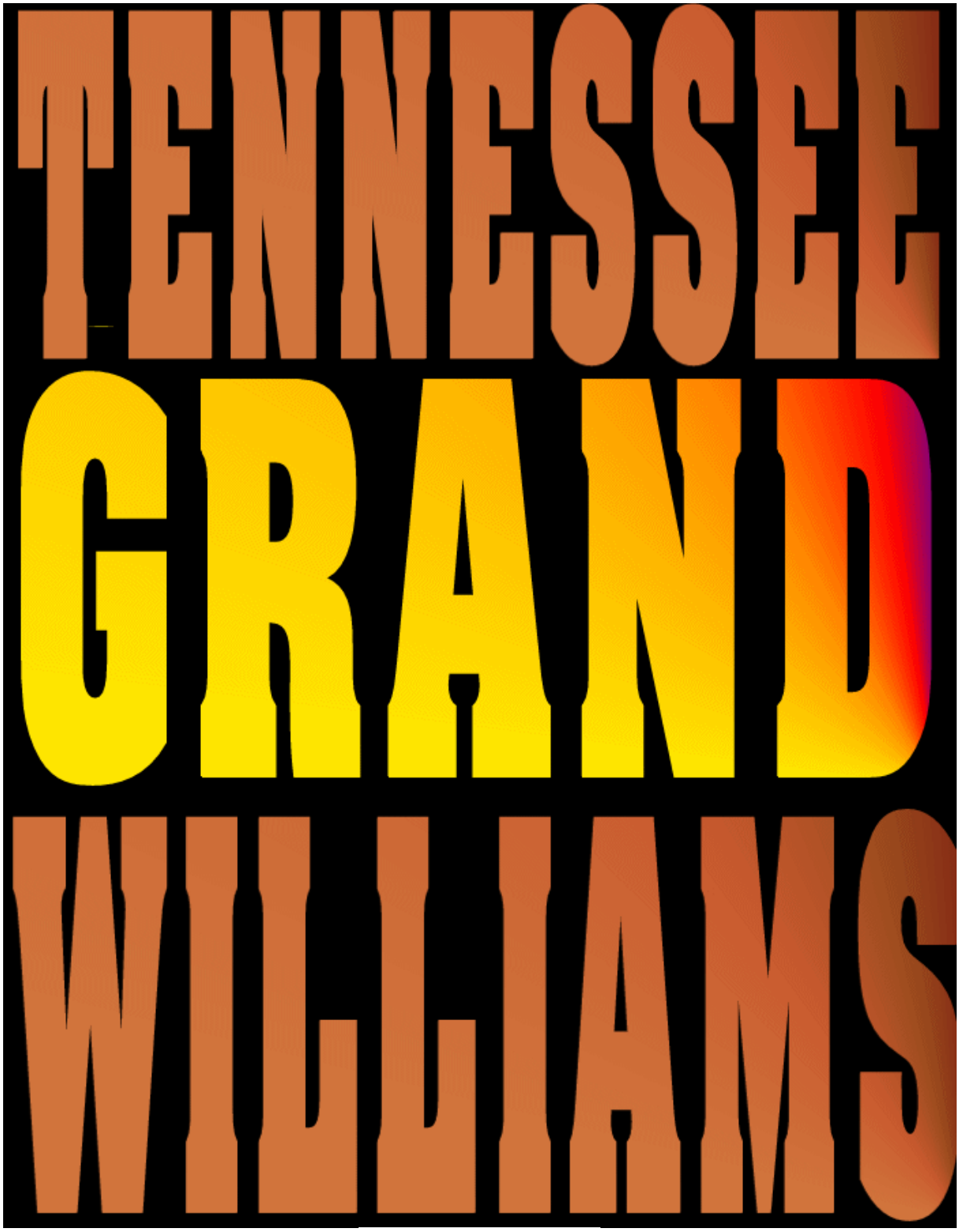
Grand

Tennessee Williams



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Silenciosa y profundamente, mi abuela sabía formar vínculos emocionales entre ella y los diversos lugares y gentes. Podía ser feliz quedándose a vivir para siempre jamás en cualquier rectoría, tan pronto hubiera empapelado con papel color limón las paredes de su dormitorio, colgado unas cortinillas en las ventanas, y conseguido unos cuantos alumnos de piano y violín. Pero mi abuelo soñaba siempre en mudarse y moverse de un lado para otro, sueño que no había abandonado aún al llegar a la nonagésima sexta primavera de su vivir.

Pese a estar casado con un auténtico poema viviente, y esto es algo que forzosamente tuvo que saber, el único reproche que mi abuelo dirigía a mi abuela consistía en decir que ésta no comprendía ni sabía apreciar la poesía, y que no tenía demasiado sentido del humor.

Mi abuelo solía decir: «Cuando yo era todavía muy joven, solía pasar algunas tardes dedicado a leer poesías a mi mujer, pero ella se ponía a dormir, mientras yo leía.» Esto me ha inducido a preguntarme más de una vez, si la tendencia de mi abuela a arraigar en los lugares, y la tendencia de mi abuelo a irse a otros lugares constituía la única diferencia entre los dos que la infinita comprensión de mi abuela no había eliminado. Mi abuelo todavía es, y sin duda ha sido en el curso de toda su vida, un hombre inconsciente e infantilmente egoísta. Es humilde y afectuoso, pero siempre dispuesto a llevar a cabo sus impulsos, sean los que sean, y hasta los dos o tres últimos años que mi abuelo y mi abuela vivieron juntos, ésta no comenzó a rebelarse contra su marido, y cuando lo hacía se debía a una razón que mi abuela no podía explicar a mi abuelo, la razón de saber que la muerte había anidado en su cuerpo, y que ya no podía volar de un lado para otro en compañía de su hombre, sino que, por fin, no le quedaba más remedio que quedarse donde estuviera, cuando él quería ir a otro sitio.

Cuando mi abuela se casó, no podía imaginar que su marido decidiría un buen día ser ministro del Señor. A la sazón, mi abuelo era maestro de escuela, y vivía cómodamente merced a esta vocacional profesión. Era un maestro nato, y, poco después de contraer matrimonio, fue nombrado director de una escuela de chicas, de carácter particular, en la zona oriental de Tennessee, en la que mi abuela pasó a ser profesora de música. Hubo tiempo en que mi abuela tuvo cincuenta alumnos, entre las clases de piano y violín. En aquellos días, los ingresos del matrimonio les permitían vivir bastante bien.

Pero, de repente, mi abuelo dijo a mi abuela que había decidido ser ministro de la Iglesia, y, desde aquel día hasta el de su muerte, mi abuela no volvió a saber lo que era vivir sin privaciones. Durante este segundo período de la vida de mi abuela, mi abuelo, el reverendo y encantadoramente egoísta caballero, encabezaba grupos de señoras fieles a la iglesia episcopaliana que efectuaban giras por Europa, se vestía con las más elegantes ropas eclesiales que se confeccionan en Nueva York y en Londres, pasaba los veranos en Chautauqua, y seguía cursillos en Sewanee, mientras mi abuela perdía los dientes debido a su empeño en no gastar en dentista, se compraba gafas baratas en Woolworth, se ataviaba a la edad de sesenta años con vestidos confeccionados con restos de su trousseau de novia, y ocultaba las enfermedades para no tener que pagar al médico. La abuela hizo viajes de dieciocho horas en autobús, siempre que el verano, o cualquier otra crisis de este estilo, la obligaba a acudir al hogar de su hija, en Saint Louis; se ocupó de los trabajos de la casa; hacía la colada; a veces atendía a dos o tres huéspedes; dio clases de violín y de piano; confeccionó vestidos para mi madre, cuando mi madre era joven; confeccionó vestidos para mi hermana, cuando mi madre dejó de ser joven; tomó parte activa en todas las reuniones de asociaciones femeninas y obras benéficas ; escuchó con paciencia y silencio, durante cincuenta años, los chismorreos de las sureñas señoras episcopalianas; sonrió dulcemente, pero sin entreabrir los labios, para que no se viera que le faltaban dientes; hablaba siempre con voz suave y amable; algunas veces sonreía como una tímida muchachita, pese a que mi abuelo siempre decía que no sabía distinguir un chiste de una frase grave; no paraba en todo el año, y todo lo hacía sin

la ayuda de criadas, con la sola finalidad de subir al autobús y efectuar un largo viaje, en verano, para acudir a Saint Louis y allí visitar a su única hija, mi madre, y a sus tres nietos, a saber, yo, mi hermana y nuestro hermano menor. Cuando llegaba, traía siempre consigo bastante dinero, que llevaba cosido al corsé. Ignoro a cuánto ascendía el dinero que mi abuela traía, pero supongo que sería una suma de varios cientos de dólares, pese a que el sueldo que mi abuelo percibía jamás superó los ciento cincuenta dólares mensuales.

A mi abuela la llamábamos «Grand». Su llegada significaba monedas de diez centavos para comprar helados, monedas de veinticinco centavos para ir al cine, y meriendas en el Forest Park. Significaba también alegres y dulces risas de mi madre y la madre de mi madre, voces que se elevaban y descendían como escalas de piano. Significaba una resurrección de la gracia sudeña, significaba el apaciguamiento de la ira de mi padre contra la vida y contra el mundo, ira que —hombre desdichado— siempre descargaba sobre sus hijos, salvo cuando la presencia de mi abuela —como la de una música— en el furiosamente cerrado y estrecho piso ciudadano infundía una curiosa paz extraterrena a todos los allí confinados.

Y así ocurrió, sin apenas, variaciones, durante los años en que nos fuimos haciendo mayores. ¡Grand representaba cuanto de Dios llegamos a saber en aquellos años! ¡Y la Providencia era el dinero que Grand llevaba cosido al corsé!

Mi abuela nunca necesitó llevar corsé, y jamás he llegado a saber a ciencia cierta por qué lo llevaba. Siempre anduvo erecta, y siempre fue esbelta, y siempre tuvo en su porte aquella sencilla nobleza propia de las reinas y campesinas. Era de origen alemán. De soltera se llamaba Rosina María Francesca Otte. Sus antepasados habían emigrado a América, desde Hamburgo, y creo que esto ocurrió a mediados del siglo pasado. Eran de religión luterana, pero la abuela fue educada en un convento católico, y en el conservatorio de música de Cincinnati. No conocí al padre de mi abuela, pero en las fotografías que de él he visto se parece a Bismarck. Recuerdo muy someramente a la madre de mi abuela, en realidad sólo guardo el recuerdo de su aspecto de una vivaz viejecita que tenía la costumbre de denominar «shears» a las tijeras —«scissors»—. De mi bisabuelo Otto recuerdo que de él se decía que se negó siempre a comer ensalada porque aseguraba que las hierbas se han hecho sólo para alimento de las vacas, y que había emigrado a América a fin de no cumplir el servicio militar. Se dedicó al comercio y ganó una gran fortuna, pero la perdió después. Tras su ruina, con lo que le quedaba se compró una granja en la zona oriental de Tennessee, y esta granja fue una realidad casi legendaria en la vida de mi abuela.

Mi abuela Rose tenía tres hermanos —dos varones y, una hembra— que se desperdigaron por el país, cuando la familia se arruinó. Uno de los dos hermanos varones desapareció y jamás se volvió a saber de él. El otro, Clemence, todavía vive, en Mobile, Alabama, y cuenta alrededor de noventa años. La hermana de mi abuela, Estelle, se casó dos veces, primero con un joven de Tennessee, llamado Preston Faller, que murió joven, y, después, con un hombre mayor, llamado Ralston, que era juez, y a quien cupo la dudosa distinción de presidir el famoso juicio de Scopes en el Tennessee oriental, al que se llegó a llamar el «juicio-comedia». Una o dos veces, en el curso del verano, Grand nos llevaba a South Pittsburgh, Tennessee, a visitar a los Ralston, y de estas visitas recuerdo un barril lleno de miel en el porche trasero, agujas de pino iluminadas por cálida luz del sol, y las locuras y gallardía del sobrino de mi madre, el joven Preston Faller Jr., quien solía silbar alegremente mientras se vestía para ir a bailar, en una estancia que, tal como la veo en el recuerdo, sólo contenía una cama de bronce, y cuyas paredes estaban cubiertas con papel en el que resaltaban unas rosas; y también recuerdo el ocaso, contemplado a través de la ventana del dormitorio, en el momento en que la luz se tornaba color de violeta. Pero, entonces, yo era un niño de siete años, y mis recuerdos verdaderamente vividos se reducen al barril de miel en el porche trasero, a los melones puestos a refrescar en la fuente, al pozo cuya agua sabía a hierro, y a aquellas mañanas esplendorosas. Recuerdo que Preston Faller Jr. cogía, sin

permiso, el automóvil de su padrastro, e iba a otras ciudades en las que pasaba la noche, y recuerdo que una vez me llevó a ver un espectáculo teatral, con música, y que en este espectáculo alguien tocaba el acordeón, y que las teclas y botones del acordeón me parecían diamantes, esmeraldas y rubíes sobre un fondo de madreperla. Preston Faller Jr. vive actualmente en Seattle, y las cosas le van muy bien. Nos ha mandado hace poco fotografías de su casa y de su cadillac. ¡Y pensar que fue una calavera! Pero, como era el hijo de la hermana de mi abuela, ahora tendrá... más de cincuenta años... ¡Cómo pasa el tiempo!

Me he referido ya a la granja que los padres de mi abuela compraron, cuando se arruinaron, a fin de retirarse a Vivir en ella, allí, en el Tennessee oriental, granja que mi abuela heredó. En realidad se trataba de un terreno rocoso y ondulado —unos tres ó cuatro acres— que, en la transmisión hereditaria, fue dividido entre mi abuela, Estelle y Clemence, el único hermano varón de quien se tenía noticia. Estelle murió de un ataque de asma, así como de los efectos de una excesiva dosis de morfina que le suministró un atolondrado médico rural, por lo que la legendaria granja pasó a ser propiedad de mi abuela, su hermano y los hijos de su hermana. El juez Ralston, el viudo de Estelle, se encargó de administrarla. De todo lo referente a la granja recuerdo solamente dos o tres cosas. Una de ellas es que mi tía abuela Estelle vivió en ella antes de su primer matrimonio, y que dijo a mi abuela que allí se sentía tan sola que solía salir al porche y gritar «¡Hola!» para oír el eco que de su propia voz le devolvía la montaña que se alzaba ante la casa. También recuerdo que se efectuó una tala y que el producto de la venta, unos centenares de dólares, se repartió entre los herederos como si se tratara de algo sagrado y extremadamente escaso. Y, por fin, también recuerdo que, en cierta ocasión, probablemente después de la muerte del juez Ralston, mi abuela hizo una rápida visita a la granja que, según sus sueños, quizás algún día se descubriera contenía importantes depósitos minerales, petróleo o algo por el estilo, y vio que la vieja mansión familiar había quedado reducida a una sola estancia, en la que vivía una pobre mujer de esas que llevan vida errante, de un lado a otro del país. Esta mujer no supo explicar exactamente por qué vivía allá, en la propiedad de mi abuela. Sólo pudo decirle: «Llegamos y nos quedamos.» Mi abuela le preguntó qué se había hecho del gran porche, de la chimenea de piedra y de las restantes estancias de la casa, y la mujer le contestó que su marido y sus hijos lo habían quemado todo para calentarse en invierno, y que éste había sido el destino del porche y de las otras habitaciones, y que, en cuanto a las piedras de la chimenea hacía referencia, no les quedó otro remedio que vendérselas para subsistir. Entonces, mi abuela le preguntó dónde estaban los varones miembros de la familia errante, y aquella mujer, flaca como un alambre, le contestó que su marido había muerto y que los hijos habían ido a la ciudad, con un gran cargamento de madera, para venderlo, hacía cosa de un año, y que no habían regresado todavía, por lo que ella había decidido quedarse allí hasta que volvieran o hasta que tuviera noticias de ellos.

Y así terminó la historia de la legendaria granja, de aquella granja que, para mi abuela, significaba como un seguro contra los azares del futuro, y en la que pensaba que quizá, si llegaba el momento en que fuera necesario, todos nosotros podríamos refugiarnos, con el consuelo de vivir en un pedazo de tierra propia.

Lo que más asustaba a mi abuela era el espectro de esta tutela a la que han de someterse tantos ancianos, al término de su vivir, esta sumisión aneja al hecho de tener que vivir a expensas de sus familiares. En el caso de mi abuela, debemos decir que siempre tuvo familiares que estuvieron constantemente ligados, por lo menos desde un punto de vista afectivo, a ella, pero no por ello dejó de temer la posibilidad de caer en aquella sumisión, por lo que siguió manteniendo su casa de Memphis, incluso después de que hubiera dejado de ser físicamente capaz de hacerlo, y sólo renunció a ello y vino a Saint Louis cuando le quedaban ya muy pocos meses de vida.

Unos cuantos años antes, cuando mi abuela vivía en compañía del abuelo, en Memphis, con la pensión de retiro de éste, que ascendía a ochenta y cinco dólares mensuales, me refugié una vez más en su casa, después de sufrir un colapso nervioso producido por mi trabajo en la empresa de zapatería al por mayor, en Saint Louis. Tan pronto me encontré en condiciones de viajar, me fui a la casita de mis abuelos en Memphis, donde dormí en un camastro puesto en la sala de estar. Aquel verano estuve más cerca de la locura de lo que había estado en el curso de aquellas

desgarradoras tormentas de mi primera adolescencia, pero una vez más, poco a poco, tal como había ocurrido en mis anteriores crisis, la misteriosa capacidad pacificadora de mi abuela me devolvió a una aceptable proximidad a la cordura. Al comenzar el otoño, emprendí la larga y empinada senda de la profesión de escritor, emprendí aquella desesperada y áspera ascensión que, al fin, me dejó, exhausto pero todavía vivo, en la, según se dice, soleada meseta de «la fama y la fortuna». Todo tuvo su inicio en Memphis, aquel verano del año 1934. Dicho verano, tan importante en mi vida, también tuvo especial significado, aunque en sentido contrario, para mi abuela. Tras muchos años, gracias a los milagros de su administración, a trabajar en la cocina, a sus privaciones, a sus clases de música y a tantas otras cosas, había conseguido ahorrar lo bastante para comprar valores del estado por valor de 7.500 dólares.

Una mañana de aquel memorable verano, un par de individuos desconocidos visitaron a mi increíblemente soñador abuelo. En tono excitado y a cuchicheos, hablaron los tres un rato, en el porche. Mi abuelo estaba ya un poco sordo, pese a que todavía era un relativamente vivaracho mozo de ochenta años, y le vi inclinando la cabeza hacia los dos individuos, con la mano puesta en el oído, formando embudo, mientras hacía rápidos movimientos afirmativos con la cabeza, excitado por desconocidas y misteriosas razones. Poco después, los dos individuos se iban del porche. Mi abuelo pasó casi todo aquel día de sol ardiente y amarillento fuera de casa. Regresó al atardecer, pálido y tembloroso, y dijo a mi abuela: «Rose, salgamos al porche. He de decirte algo.»

Lo que tenía que decirle era que, por razones totalmente incomprensibles, había vendido los valores del estado, y había entregado chico mil dólares en metálico a aquel par de pájaros de cuenta que le habían visitado por la mañana, dirigiéndose a él con el tratamiento de «reverendo», en siniestro tono de falso halago.

En este instante me parece ver a mi abuela, sentada en una silla de mimbre, allí, en el porche de la casa de Memphis, con la vista fija en el horizonte al que el ocaso comenzaba a dar tonos oscuros, mientras decía: «¿Por qué lo has hecho, Walter?»

La abuela dijo, «¿Por qué, Walter?», una y otra vez, hasta que mi abuelo se levantó y dijo: «Rose, no me lo preguntes más, porque, si vuelves a preguntármelo, me iré de esta casa, y jamás volverás a saber de mí.»

En este instante, mi abuela se levantó de la silla de mimbre y fue a sentarse en el columpio. Y yo, desde mi discreto puesto de escucha en la sala de estar, sólo oí, durante bastante rato, la agria voz de las cadenas de metal al rozarse, mientras mi abuela se columpiaba suavemente, y la noche iba envolviendo el silencio de la pareja, un silencio que me parecía, sin llegar a comprender exactamente por qué, algo hacia lo que los abuelos habían avanzado durante toda su vida, casi sabiéndolo, algo terrible y oscuro que mediaba entre los dos. «¿Por qué, Walter?»

La mañana siguiente, mi abuelo estuvo muy ocupado, y mi abuela guardó total silencio.

El abuelo fue a la buhardilla de la casa, y de un baúl metálico sacó un enorme, enorme, enorme, montón de carpetas de cartón que contenían todos sus sermones. Con su carga, se fue al patio trasero, amontonó las carpetas en el suelo, y prendió fuego a los sermones escritos a mano en el curso de cincuenta y cinco años, y los sermones se convirtieron en humo. La llamas se alzaron con fuerza incontenible, llegaron a la altura de la cabeza de mi abuelo, pero

lo que yo recuerdo con más claridad, más que el resplandor de las llamas, es el blanco y silencioso resplandor del rostro de mi abuela, mientras iba del barreño de la colada a la cocina y de la cocina a la despensa, sin dirigir la vista ni una sola vez a la ventana, tras la que el anciano caballero, de más de ochenta años, llevaba a cabo aquel auto de fe, con el fin de purificarse.

«¿Por qué, Walter?»

¡Nadie lo sabía!

Nadie, salvo mi abuelo, quien ha conservado el secreto hasta su nonagésima sexta primavera en la tierra, y aquel par de aves rapaces que han vuelto al lugar del que salieron, el cual espero, y creo, que es el infierno.

Tengo la seguridad de que lo que más me ha dolido en la vida es algo que no estuvo en mi mano impedir, algo que me ha dolido más que el fracaso de tal o cual obra mía, más que esta pérdida de energía creadora que he advertido en los últimos tiempos. Este algo estriba en el hecho de que mi abuela muriera tan sólo un año antes de que yo pudiera darle algo en compensación de lo mucho que ella me había dado a mí, algo material con que pagarle, en parte, los inapreciables regalos espirituales que con tanta persistencia y generosidad puso en mis manos cuando yo acudía necesitado a ella.

A mi abuelo le gusta recordar que mi abuela nació el día de Todos los Santos y que murió en la festividad de la Epifanía, que se celebra el día seis de enero.

Su muerte ocurrió en circunstancias dolorosísimas. Durante los últimos cinco años de su vida, la salud de mi abuela empeoró sin cesar, hasta que, al fin, ocurrió aquello que ella había temido tanto, durante toda su vida. Tuvo que abandonar y vender la casa de Memphis, y aceptar cobijo en casa de mi padre, en Saint Louis, porque estaba literalmente muriéndose en pie. A pesar de todo, mi abuela todavía pudo empacar cuantas pertenencias había acumulado durante sesenta años de regentar un hogar, cerrar la casa de Memphis, y efectuar su último viaje de dieciocho horas a Saint Louis. Pero apenas llegó, con alta temperatura, tuvo un desvanecimiento, y se vio obligada, por primera vez en su vida, a entrar en un hospital. Cuando esto ocurrió, otoño de 1943, yo me encontraba lejos de casa. Me hallaba en California, trabajando en un guión cinematográfico. Recibí una carta de mi madre en la que me explicaba que mi abuela estaba mortalmente enferma, víctima de una antigua afección maligna que ahora le había atacado el hígado y los pulmones, y que le quedaban pocos días de vida.

Mi madre me decía en su carta: «Tu abuela ha perdido peso, y ahora está tan sólo en las ochenta libras, pero no se rinde. Es imposible conseguir que se quede en cama. Se empeña en ayudarme en las faenas de casa, y esta mañana ha hecho la colada de una semana.»

Fui a casa. Faltaba una semana para Navidades, en el momento en que, cargado con mis dos maletas, enfilé el sendero. Vi que en la puerta había un ramo de muérdago, y oí que una radio, en la casa contigua, difundía las notas de Navidades blancas. Me detuve a mitad de camino. A través de las vaporosas cortinas que cubrían las ventanas de la sala, vi la silueta de mi abuela que, sola, iba de un lado para otro, con caminar de grulla, con su aire de vieja dama alta y erguida, y, ahora, increíblemente flaca.

Pasó bastante rato antes de que me sintiera capaz de levantar el picaporte de bronce del que colgaba el ramo de muérdago con que se anunciaban las Navidades. Esperé, y recé pidiendo a Dios que, tras aquellas vaporosas cortinas, apareciera cualquier otro miembro de la familia, incluso mi padre, pero no la figura de mi abuela, aquella figura que caminaba lentamente, que parecía avanzar sin propia voluntad, acompañada por una inaudible y terriblemente lenta marcha, por una marcha fúnebre interpretaba por una fantasmas banda de viento.

Después supe que la familia había salido para asistir a aquel banquete mensual que celebraban las gentes del mundo de mi padre, en el Club del Progreso.

El abuelo estaba en cama. Grand me esperaba. No se acostó, para poder recibirme, fuera cual fuera la hora a que yo llegara—en el telegrama no la había anunciado—, fuera cual fuera el instante en que llamara a la puerta del hogar familiar, a fin de poder participar en aquel mi último regreso.

Recuerdo que, cuando mi abuela abrió la puerta, tras mi llamada, se echó a reír igual que una tímida muchachita, como una muchachita descubierta en el momento de ponerse sentimental acerca de algo así como el retrato del novio, y que, con su voz juvenil, gritó: «¡Tom, Tom...!» Cuando la abracé, me di cuenta aterrorizado que, bajo la tela del vestido, casi nada quedaba, sólo sus brazos ardientes de fiebre, bajo las mangas.

Murió dos semanas después, tras un falso período de recuperación que su fuerza de voluntad consiguió fingir.

Aquella noche, salí de casa inmediatamente después de cenar. La abuela lavó los platos, negándose a que mi madre, mi abuelo o yo, la ayudásemos, y cuando salí a la calle, estaba tocando algo de Chopin, al piano.

Cuando regresé, dos o tres horas después, el sonido de los estertores de mi abuela estremecía la casa de dos pisos que a la sazón ocupábamos.

Al entrar, me encontré ante un desconocido que me había oído llamar a la puerta, y la había abierto antes de que yo encontrara el llavín.

Con rostro inexpresivo, me dijo: «Su madre dice que suba.»

Subí al piso superior. En el último peldaño de las escaleras, que fue el punto donde comenzó la hemorragia de mi abuela, había un charco de sangre todavía fresca. Un reguero de oscura sangre húmeda iba hasta el cuarto de baño, y en el sanitario, de cuya cadena nadie había tirado todavía, se veía líquido de color carmesí oscuro, y en él había pequeñas porciones de tejido pulmonar, que también salpicaba las baldosas. Según supe luego, esta incontenible pérdida de sangre había comenzado casi inmediatamente después de salir yo de casa, tres horas antes, y ahora, la abuela, en su dormitorio, seguía librando heroica, inflexible, salvajemente, su batalla contra la muerte, una batalla que la muerte había ganado ya cuando mi abuela se encontraba a mitad de las escaleras.

No me atreví a entrar en la habitación donde aquella terrible lucha tenía lugar. Me quedé en la oscura estancia, al otro lado del pasillo, que había sido el dormitorio de mi hermano, antes de que éste ingresara en el ejército. Me quedé allí, en aquella oscura habitación, quizá rezando, quizá tan sólo sollozando, quizá tan sólo con el oído aguzado para escuchar todos los sonidos, no sé todavía cuál de estas tres cosas, y, en cierto instante, oí que mi madre decía una y otra vez, fuera: «Mamá, di por favor, di... Mamá, ¿qué quieres decirme?»

Solamente me atreví a mirar, desde fuera. Mi madre estaba inclinada sobre el cuerpo de mi abuela en cama, por lo que se daba la piadosa circunstancia de que mi vista no podía percibir el rostro de mi abuela. El abuelo estaba arrodillado, rezando, junto a su sillón. El médico se encontraba allí, con gesto de impotencia, entre los tres, con una aguja hipodérmica, una palangana llena de agua humeante, y qué sé yo qué otras cosas propias de su menester.

De repente, el terrible ruido cesó.

Entré.

Mi madre cerraba suavemente los ojos y la boca de la abuela.

Pocas horas después, comenzaron a llegar los vecinos. Mi abuelo bajó para recibirles, y yo, desde lo alto de las escaleras, oí que les decía: «Mi esposa está muy débil, sí, ahora está muy débil.»

Mi abuela solía decir de su marido: «Walter es un hombre que nunca sabrá enfrentarse con la realidad.»

Al cabo de un año, más o menos, mi madre me dijo que al fin había descubierto qué era aquello que mi abuela, cuando agonizaba, intentó decirle sin conseguirlo porque ni siquiera

para esto le quedaban fuerzas. «Tu abuela no hacía más que indicar con la cabeza el bureau. Pues bien, al cabo de un tiempo descubrí que había guardado el corsé allí, y que en el corsé llevaba cosidos varios centenares de dólares.»